LOUREDA, Óscar y Angela SCHROTT (eds.) (2021): *Manual de lingüística del hablar*, Berlín y Boston: Walter de Gruyter, 880 pp. ISBN: 978-3-11-033488-3.

Laura MARIOTTINI
Sapienza Università di Roma (Italia)

El *Manual de lingüística del hablar* (de ahora en adelante *MLH*), editado por Óscar Loureda y Angela Schrott, se incluye en la colección *Manuales de Lingüística Románicas* de la editorial de Gruyter por ofrecer una visión completa, sistemática y muy actual sobre «el hablar», es decir, la comunicación, el discurso y los textos orales y oralizados propios de las lenguas románicas, y por presentar, asimismo, perspectivas de estudio nuevas y tendencias dinámicas dentro del panorama científico en el que el hablar se incluye. El volumen sirve como manual, guía temática, bibliográfica y didáctica sobre el hablar dirigiéndose a un amplio abanico de lectores: desde el especialista que busca novedades en el estudio del hablar hasta el estudiante de lingüística.

Pero, ¿por qué «el hablar»?

En primer lugar, porque la lingüística actual es una lingüística orientada al hablar, según afirman Cortés y Loureda en el capítulo que cierra el libro, una actividad que se explica desde perspectivas, teorías y paradigmas distintos. Con dicha denominación no marcada –y que evita de forma explícita los términos *conversación*, *interacción*, *discurso*, *comunicación* o *habla* que, inevitablemente, traen consigo otros tantos paradigmas teóricos– los editores y los autores prescinden de teorías consolidadas y vinculadas a enfoques concretos con los que abordar el estudio de la lengua hablada y emprenden un desafío colectivo con el objetivo de ofrecer al lector una perspectiva innovadora e integradora de múltiples áreas de estudio con la que enfocar un producto tan arraigado en la tradición de la lingüística románica como nuevo en sus retos.

En segundo lugar, porque el sintagma *el hablar* es una llamada directa a la lingüística coseriana, cuyas teorías se configuran como base de partida del volumen en general, así como también de muchos de los capítulos, puesto que la lingüística del hablar de Coseriu se concibe como una lingüística del texto holística, que abarca distintas dimensiones:

[...] llamamos hablar al momento concreto y último del lenguaje. Como tal se trata de una actividad en la que se actualizan todos los conocimientos, lingüísticos o no, de los hablantes para formar una representación comunicable acerca de cualquier realidad. Dicha actividad es compleja y muestra una dimensión social, una cognitiva y una semiótica: se habla con otros, a partir de operaciones mentales orientadas a la producción y comprensión de lo comunicado, y se habla mediante signos y recursos de las lenguas o reducibles a ellos (*MLH*, 4).

Los textos –o discursos–, según el lingüista rumano, son «hechos individuales, que presentan, además, una dimensión universal, que incluye rasgos de la textualidad y una dimensión histórica que hace que compartan tradiciones y moldes expresivos» (Loureda 2009: 73). En efecto, Coseriu (1992: 91-92) desarrolla el concepto del hablar estableciendo tres planos en los que esta actividad se desarrolla, a cada uno de los cuales le corresponde un nivel del saber lingüístico, elocutivo, idiomático y expresivo que, como apunta Ivanova (*MLH* cap. 30), no es una capacidad lingüística invariable, sino que cambia a lo largo de la vida del hablante.

Es fundamentalmente a partir de estos conceptos postulados por Coseriu a mediados de 1900 sobre los que se estructuran las secciones del manual, orientado, a su vez, a diez ámbitos que abarcan todos los hechos que determinan la comunicación, a saber:

- I. la lingüística del hablar y sus ámbitos;
- II. el contexto;
- III. las personas y voces;
- IV. el discurso y su concepción;
- V. la organización sintáctica, semántica e informativa;
- VI. la historicidad;
- VII. las competencias –el saber hablar–;
- VIII. los universos;
- IX. métodos y aplicaciones, y, finalmente,
- X. los estudios sobre la lengua hablada,

una sección compuesta de un solo capítulo escrito por Cortés y Loureda, en el que los autores recorren las perspectivas teóricas más destacadas orientadas al estudio del hablar, subrayando la tendencia general hacia el establecimiento de puntos de contacto en la investigación desde cualquier enfoque y auspiciando una permeabilidad teórica que dé cuenta de los fenómenos complejos que acontecen en la comunicación.

La comunicación humana es, por un lado, una actividad multifacética definible por cinco palabras/conceptos clave, según indica Escandell Vidal (*MLH* cap. 3): *acción, convención, intención, interacción, cognición*. Cada término

remite a un aspecto de la complejidad comunicativa: la visión del lenguaje como acción social, las convenciones que sustentan la lógica ilocutiva, las reglas de racionalidad cooperativa y los principios cognitivos que rigen el funcionamiento global de los sistemas que intervienen en la comunicación humana. Esta actividad multiforme se compone, como mínimo, de un emisor A y de un destinatario B, que, con el tiempo, se han ido convirtiendo en participantes de una interacción comunicativa. Se ha pasado, pues, de una visión lineal de la comunicación (Shannon y Weaver 1949) a una visión orquestal (Escuela de Palo Alto) y hasta circular (Fonseca *et al.* 2011) en la que, a lo largo de la interacción, emisores y destinatarios se alternan, participando activamente y conjuntamente en la construcción e interpretación discursiva y asumiendo identidades distintas de acuerdo también a los contextos (Portolés, *MLH* cap. 8). Este proceso de interpretación, o asignación del «sentido» (en términos coserianos) tiene lugar, dentro de las múltiples posibilidades de significación (*supersumatividad*, Wolf, *MLH* cap. 21), de acuerdo con los contextos de los discursos y los conocimientos previos de los interlocutores.

Por otro lado, el hablar se diferencia tanto de la escritura como de la escrituralidad. La diferenciación entre oralidad y escrituralidad no es una oposición dicotómica de carácter medial, sino una distinción concepcional de naturaleza continua o gradual, tal y como apunta López Serena (*MLH* cap. 12). La diferencia entre escritura y oralidad, en cambio, se basa en muchas y distintas razones, según el nivel lingüístico que se tome en consideración. Por ejemplo, Pons Rodríguez (*MLH* cap. 14), partiendo de una definición básica y fundamental entre medio y concepción, deslinda lo escrito de lo oral a través del concepto de *distancia comunicativa* y de su tripartición en los niveles universal, histórico y particular.

No cabe duda de que el discurso oral posee una complejidad para la que la sintaxis no ofrece una explicación satisfactoria, tanto es así que Briz Gómez y García-Ramón (*MLH* cap. 13) hablan de la conversación como prototipo de lo dialogal o, en otros términos, del hablar. Una vez establecido el género prototípico, hace falta individuar las unidades de las que este se compone. Por eso, ha habido, a lo largo del tiempo, varios intentos de establecer una unidad discursiva mínima que, en combinación con otras, permitiera dar cuenta de la organización textual del discurso oral (Borreguero Zuluaga, *MLH* cap. 18). En la lingüística hispánica, contamos sobre todo con propuestas teóricas que, si bien con enfoques y alcances diferentes, pueden considerarse, incluso hoy día, el último reto en la tarea tipológica y taxonómica de la lingüística (Pons Bordería y Slameh Jiménez, *MLH* cap. 19), y son: la teoría de la macrosintaxis (Fuentes Rodríguez 2013; Gutiérrez Ordóñez 2016), la propuesta del Grupo Val.Es.Co. (2003) y la de Cortés Rodríguez y Camacho (2005). Fuentes Rodríguez (*MLH* cap. 20)

afirma que, en la tarea de identificación y descripción de las unidades, además de la estructura de la conversación, debe tenerse en cuenta también la jerarquización de la información, puesto que el hablante dispone jerárquicamente su material lingüístico de acuerdo al fin estratégico que persiga.

Por último, cualquier actividad relacionada con el hablar se desarrolla dentro de coordenadas objetivas y subjetivas específicas, necesarias para su interpretación, así como susceptibles de modificaciones y alteraciones. Coseriu (1955/1956; 2007 [1980]) describe las relaciones del signo lingüístico a partir de las circunstancias o entornos que orientan el sentido del discurso, entornos que son fundamentales para comprender los enunciados. A partir de esta idea, López Alonso y Séré Baby (*MLH* cap. 7) proponen una definición integradora de la noción de contexto, que abarca las dimensiones verbal y situacional, pragmática, interaccional y cognitiva. En efecto, el contexto ocupa un lugar privilegiado en cualquier acto comunicativo porque la intención y el sentido del hablar no pueden construirse si no están situados, y su comprensión e interpretación dependen siempre de las circunstancias en las que esos acontecen. Además, el contexto crea también la ruta, que va del saber disponible o acumulado sobre una realidad a la manera en que se propone su representación en el discurso. Por eso, Gallardo Paúls (*MLH* cap. 4) presenta una visión de texto/discurso como una herramienta al servicio de la subjetividad. Para ello, identifica diferentes acciones estratégicas mediante las cuales un emisor puede intervenir en su texto orientando la interpretación y actuando sobre el interlocutor. De hecho, una de las funciones de la lengua es argumentar, cuya acción se construye también gracias a elementos lingüísticos que no tienen un referente externo y que, sin embargo, permiten guiar la orientación del discurso (Gómez-Jordana Ferary, *MLH* cap. 6). En este último sentido, influye también la modalidad, un concepto pluridimensional que, según Becker (*MLH* cap. 9), se sitúa entre lo dicho y el decir, desempeñando de este modo el papel de constructor del mundo o, en otros términos, modula la fuerza ilocutiva de los actos de habla y, al hacer eso, orienta al interlocutor hacia mundos y submundos textuales.

En una lingüística que concibe el hablar como una actividad basada en la competencia cultural, las tradiciones discursivas se consideran un repertorio de normas culturales que los hablantes adoptan para realizar con éxito actos de habla y para solventar los retos que plantean las tareas comunicativas en las diferentes situaciones (Schrott, *MLH* cap. 24). Por eso, el emisor –nunca único y unívoco, como subraya García Negroni (cap. 10; pero también Portolés, *MLH* cap. 8)– se orienta en un mundo de palabras ajenas que contribuyen a construir el sentido del discurso. Se establece, de este modo, una relación intertextual o polifónica, en la que se oye una pluralidad de voces que entablan un diálogo entre sí (Haßler, *MLH* cap. 23), a

veces incluso mediante manipulaciones creativas de ese discurso repetido compartido por los hablantes (Mellado y Corpas y Berty, *MLH* cap. 25).

Finalmente, no hay que olvidar que también la relación entre hablante y oyente en la comunicación forma parte de la tarea de adecuación contextual (Albelda Marco, *MLH* cap. 11). Los hablantes, de hecho, haciendo uso de su competencia pragmática, calculan los factores situacionales y, de acuerdo con ellos, eligen las formas y estrategias lingüísticas y comunicativas más adecuadas para lograr un equilibrio entre la claridad en la expresión de los contenidos y la efectividad en el logro de sus objetivos. Esta dimensión pragmática del hablar, relacionada con la indirectividad expresiva, la atenuación, las imágenes de los interlocutores, etc., es propia del *estilo lingüístico* (Payrató y Salvador, *MLH* cap. 27), cuyo concepto se ha adoptado hasta ahora sobre todo en estudios literarios, funcionales, retóricos, etc., salvo su aplicación a la lingüística interaccional (Tannen 1984). De ahí que los autores incidan en la centralidad de una «estilística lingüística» del hablar que se integre plenamente en la lingüística de la variación, al lado de la pragmática y de la sociolingüística.

La consideración sobre estilo, formas y estrategias, hace que pensemos en la comunicación humana como un proceso complejo, que supone mucho más que conocer y utilizar un sistema lingüístico, pues la eficacia pragmática y comunicativa dependen no solo de la utilización de signos verbales, sino también de estos en combinación con los signos no verbales (Cestero Mancera, *MLH* cap. 17).

Asimismo, hay que añadir que el discurso es un conjunto de unidades signílicas de distinta naturaleza que contribuyen conjuntamente a definir puntos de vista sobre cómo entender y actuar en espacios sociales y culturales (Neyla Pardo Abril, *MLH* cap. 5). La comunicación, inicialmente oral, luego escrita, encuentra hoy conmixtiones e hibridaciones a causa del giro digital (*digital turn*), que ha provocado una modificación profunda en los medios de comunicación (Eckkramer, *MLH* cap. 15) y que ha llevado a un cambio de paradigma considerable, sobre todo tras el *boom* de las redes sociales, en las que muchos de los ámbitos privados se hacen públicos y se da acceso al proceso de producción textual (el usuario se transforma en coautor o coemisor de los mensajes). De ahí que cambien también muchas de las características de los textos: los mensajes cotidianos intercambiados a través de aplicaciones móviles exhiben la característica de multimodalidad, conviviendo el texto con imágenes tomadas directamente de la cámara del móvil, vídeos, memes, enlaces de Twitter, emojis, animaciones, GIF, etc. La multimodalidad o multiplicidad semiótica (Yus, *MLH* cap. 16), sin embargo, no es una cualidad propia solo de la comunicación digital, sino que se extiende también a otros medios y géneros, como la publicidad, la televisión, la prensa, etc., tanto que puede decirse que hoy en día la multimo-

alidad es la forma «normal» de comunicación. Y, en efecto, la multimodalidad comunicativa, junto con los instrumentos informáticos y digitales, representan las dos líneas más prometedoras para los estudios del hablar en distintos ámbitos y contextos, por ejemplo: la literatura (Galván, *MLH* cap. 31), el discurso técnico-científico (Galán Rodríguez, *MLH* cap. 32), el discurso científico-académico (Müller, *MLH* cap. 33), las lenguas de especialidad, tanto en su dimensión variacional (Casas Gómez y Fernández Smith, *MLH* cap. 35), como contrastiva en lenguas románicas (Vivanco, Cervero y Molina Plaza, *MLH* cap. 34), los estudios de género (Ciapuscio, *MLH* cap. 26), el discurso político (Narvaja de Arnoux, *MLH* cap. 36) y las traslaciones del hablar: traducción, interpretación, edición y postedición (Weber, Atayan y Barranco-Droege, *MLH* cap. 38), la didáctica (Cassany, Vazquez-Clavo, Shafirova y Zhang, *MLH* cap. 39) y, finalmente, la crítica textual (Rodríguez Molina, *MLH* cap. 40).

Otro de los retos actuales atañe al saber lingüístico y consiste en reconocer el error en los discursos públicos (político, prensa, redes sociales, etc.), sus contenidos de falsedad (Carbonell, *MLH* cap. 37), que abre, además, una ventana sobre los modelos para medir y evaluar los efectos en los destinatarios, así como también las competencias de interpretación (Parodi y Moreno-de León, *MLH* cap. 29) y de producción (Álvarez Angulo y Ramírez Bravo, *MLH* cap. 28) necesarias para participar activamente en el proceso de comunicación, con todos los cambios que esta ha sufrido: multimodalidad, multivocidad, plurinformatividad, supersignificación, entre otros.

En este rápido y sin duda incompleto recorrido por las 880 páginas del *MLH*, hemos pretendido no solo resumir el contenido sino también trazar itinerarios de lectura posibles de este volumen, denso e interconectado, que proclama explícitamente la primacía del lenguaje hablado y su constitución como «objeto único y verdadero» del estudio científico, como ya apuntaba Saussure. Los nuevos retos y posibilidades que emergen se vislumbran sobre todo en la consideración del hablar como objeto de investigación de la *lingüística empírica*, cuyo potencial, actualmente, es enorme y cuya interdisciplinariedad impulsa la creación de proyectos y grupos de investigación formados por personas de diferentes áreas de conocimiento, que aporten avances considerables al estudio holístico del hablar, tarea que los editores y autores del *MLH* apoyan abiertamente y con este trabajo alumbran y estimulan.

BIBLIOGRAFÍA

- BRIZ, Antonio y Grupo VAL.ES.CO. (2003): «Un sistema de unidades para el estudio del español coloquial», *Oralia* 6, 7-63.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis y M. Matilde CAMACHO (2005): *Unidades de segmentación y marcadores del discurso*, Madrid: Arco/Libros.
- COSERIU, Eugenio (1955/1956): «Determinación y entorno. Dos problemas de una lingüística del hablar», *Romanistisches Jahrbuch* 7, 29-54.
- (1992): *Competencia lingüística. Elementos de teoría del hablar*, Madrid: Gredos.
- (2007 [1980]): *Lingüística del texto: introducción a la hermenéutica del sentido*, Madrid: Arco/Libros.
- FONSECA, Yereña M. S. *et al.* (2011): *Comunicación oral y escrita*, México: Pearson Educación.
- FUENTES RODRÍGUEZ, Catalina (2013): «La gramática discursiva: niveles, unidades y planos de análisis», *Cuadernos AISPI* 2, 9-30.
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, Salvador (2016): «Relaciones y funciones en sintaxis y macrosintaxis». En Araceli López Serena, Antonio Narbona y Santiago del Rey Quesada (eds.), *El español a través del tiempo: estudios ofrecidos a Rafael Cano Aguilar*, vol. 1, Sevilla: Universidad de Sevilla, 515-539.
- LOUREDA LAMAS, Óscar (2009): *Introducción a la tipología textual*, Madrid: Arco/Libros.
- SHANNON Claude y Warren WEAVER (1949): *The Mathematical Theory of Communication*, Urbana: University of Illinois Press.
- TANNEN, Deborah (1984): *Conversational Style*, Oxford: Oxford University Press.